

April y  
Ost

# Revista

de

# Ciencias Económicas

---

Publicación mensual del "Centro estudiantes de ciencias económicas"

---

Director:

**Mario V. Ponisio**

---

Administrador:

**Eduardo S. Azaretto**

Secretario de Redacción:

**Rómulo Bogliolo**

Redactores:

**Italo Luis Grassi - Mauricio E. Greffier - Luis Marforio**

**José H. Porto - Jacobo Waisman - Juan F. Etcheverry**

---

**Año VI**

**Enero de 1918**

**Núm. 55**

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN  
**CHARCAS 1835**  
BUENOS AIRES

## El método experimental en las ciencias sociales <sup>(1)</sup>

El fin principal de mis estudios ha sido siempre el de aplicar a las ciencias sociales — de las cuales las ciencias económicas no son más que una parte — el método experimental que ha dado tan brillantes resultados en las ciencias naturales.

Pero esto exige cierta explicación.

---

(1) Discurso pronunciado por Vilfredo Pareto en Lausanne al cumplirse el vigésimoquinto año de su iniciación en la enseñanza.

Extraemos este discurso de la revista *L'università italiana*, de Bologna. No dudamos en traducirlo, por ser de quien es — faro luminoso de la economía política — y por considerarlo de máxima utilidad para nuestros lectores.

*L'università italiana* le antepone las siguientes consideraciones, aplicables, en un todo, a nuestro problema universitario.

“El discurso que Vilfredo Pareto ha pronunciado en Lausanne, con motivo de su jubileo académico, contiene en sí el programa, la base sobre la cual debería efectuarse una moderna reforma universitaria, si, realmente, se quiere hacer de nuestra universidad un instituto italiano, vivo y vital.

De la lectura de este magnífico discurso nace espontáneamente, la observación, tantas veces puntualizada por nosotros, de que la división actual de nuestras universidades en facultades cerradas, casi extrañas la una de la otra, es un obstáculo al progreso de las ciencias.

La economía política, la sociología se enseñan en las facultades de derecho. Pareto nos demuestra, ahora, las ventajas que estas disciplinas reportarán del conocimiento de otras que nadie ha soñado enseñar en dichas facultades. Por el contrario, entre nosotros, se obstaculiza a los estudiantes que desean seguir cursos extraños a su respectiva facultad. Esto, que observamos para las facultades de derecho, puede hacerse extensivo a las demás facultades. Más aún, es manifiesto el error de los que parecen tender a la constitución de otras facultades aisladas. La universidad debe ser un instituto completo, sin paredes divisorias entre grupos y grupos de disciplinas científicas. La ciencia es una sola, los métodos útiles para una investigación pueden aplicarse a otras disciplinas, y así se puede llegar a una visión compleja de los estudios, que forma la síntesis del saber, meta hacia la cual tiende el espíritu humano.

Hechas estas pobres observaciones, damos aquí el magistral discurso, tal como fué publicado por el *Giornale d'Italia*. — R. G.”

La actividad humana tiene dos ramas principales: las actividades del sentimiento y las de las investigaciones experimentales. La importancia de las primeras es evidente: el sentimiento es el que incita a la acción, que da vida a las reglas morales, a la devoción y a la religión en todas sus formas tan variadas y complejas. Y es por la aspiración de los hombres al ideal que las sociedades humanas subsisten y progresan. Pero, la segunda rama de las actividades humanas, la de las investigaciones experimentales, es, también, esencial para estas sociedades; ellas suministran la materia que hace obrar al sentimiento; les debemos los conocimientos que hacen eficaz a la acción y las modificaciones útiles del mismo sentimiento merced a las cuales éste se adapta — aunque lentamente — a las condiciones del ambiente.

Todas las ciencias — tanto las naturales como las sociales — han sido, en su origen, una mezcla de sentimientos y de experiencias. Se han necesitado muchos siglos para que se produjese la separación que es, actualmente, casi completa para las ciencias naturales, y que ha empezado y continúa para las ciencias sociales. Permitidme que evoque, brevemente, la parte que ha tenido nuestra universidad, desde los tiempos en que enseñaba Walras.

La ciencia experimental es un perpetuo *devenir*. Se asemeja a un río que corre constantemente y que se transformaría en un pantano si sus aguas se estancasen. La vida de la ciencia no se encuentra en la inmovilidad dogmática sino en el movimiento de la experiencia. Cada ciencia experimental es, en gran parte, el fruto de las obras del pasado y el germen de las obras del porvenir, y su mérito es relativo al tiempo en que nace. No se comete ninguna injusticia con Newton, recordando a sus predecesores, nombrando a Copérnico, Galilei, Kepler, ni mencionando a sus sucesores hasta Laplace, Gauss, Poincaré. Es esto lo que no puede comprender la gente que confunde la ciencia con el sentimiento, con la fe o, simplemente, con la literatura.

El progreso de las ciencias naturales se verifica en el sentido de que se acercan cada vez más a la realidad experimental y se despojan del sentimiento y de las concepciones apriorísticas — una primera etapa de este progreso tiene lugar cuando se introducen consideraciones cuantitativas en la ciencia; porque el solo hecho de intentar la subordinación de los fenómenos de la naturaleza al cálculo, nos obliga a introducir cierto rigor en la concepción de estos fenómenos.

Fué así que a fines del siglo XVIII y principios del XIX las consideraciones cuantitativas arrojaron de la química la teoría del *flogisto* e introdujeron la teoría denominada *pneumática*, la que se transformó, muy pronto, en la de los *equivalentes*. Pero no se termina aquí, aparecieron las teorías atómicas y de transformación en transformación han llegado hasta nuestros días. Al mismo tiempo se manifestaba un movimiento de fusión muy pronunciado entre la química y la física. La ciencia iba ganando en vigor y en extensión.

En la época en que se introdujeron las consideraciones cuantitativas en economía política, encontramos a Cournot, Gossen, Jevons, Marshall, Pantaleoni, Irving, Fisher y por fin a Walras, quien ha señalado esta transformación con una poderosa marca y cuya enseñanza fija una fecha memorable para nuestra universidad. Walras ha contribuido a acercar la ciencia al rigor experimental aunque, directamente no tuvo en vista este objetivo; mientras que yo me he propuesto, precisa y directamente, alcanzar este fin, cuando he tratado de desterrar de las ciencias sociales, tanto las consideraciones sentimentales y metafísicas, cuanto el empirismo puro, así como, por la teoría cuantitativa de los fenómenos económicos, he asumido la tarea de recorrer el camino abierto por Walras, continuando en esta forma, en nuestra universidad, una tradición que espero será mantenida por otros, durante muchos años.

En las ciencias sociales la exposición del pasado se llama historia; es, por lo tanto, en la historia que encontraremos un elemento esencial de estas ciencias, pero no le pediremos solamente descripciones, sino que le exigiremos también el conocimiento de las uniformidades que presentan los fenómenos sociales, y ella nos enseñará los hechos y las relaciones existentes entre los mismos.

Desde este aspecto, la historia de la sociedad greco-romana, de la cual descenden nuestras sociedades modernas, es particularmente importante para nosotros, y siempre he creído que conviene recurrir, en gran parte, a ella. Me he hallado así en comunión de ideas con colegas que no se ocupaban especialmente de estudios económicos, y entre estos me es grato recordar a Enrique Erman, profesor honorario de nuestra universidad. Llegado a cierto punto en mis investigaciones de economía política me encontré en un callejón sin salida. Veía la verdad experimental y no podía concretarla. Diversos obstáculos se oponían; entre otros, la mutua dependencia de los fenómenos sociales, que no permite aislar enteramente los es-

tudios de distinta clase de estos fenómenos, y que se opone al progreso indefinido de uno de estos si se le priva de la ayuda de los otros. Es así, por ejemplo, que en nuestros días los progresos de la química se han encontrado ligados a los de la teoría de la electricidad y vice-versa.

No hay duda, por lo tanto, que muy amenudo las conclusiones de las teorías económicas no son verificadas por la experiencia, y nos encontramos embarazados para hacerlas corresponder. ¿Cómo superar estas dificultades?

Tres medios se nos presentan.

1.º Se puede repudiar enteramente la ciencia económica, negarle toda existencia — y es lo que hacen los adeptos de una escuela bastante numerosa. Si, en análogas circunstancias, los sabios que han creado la astronomía, la física, la química y otras ciencias de la misma clase se hubiesen adherido a un partido semejante, estas ciencias se encontrarían todavía en la nada.

2.º Se puede conformar con este defecto de correspondencia y decir: nosotros no buscamos lo que es, sino lo que debería ser. Saldríamos, así, del dominio de la ciencia experimental y nos encaminaríamos hacia las regiones de la utopía.

3.º En fin, aconsejados por los ejemplos que nos proporcionan las ciencias naturales, podemos averiguar si el defecto de correspondencia no proviene del hecho de que ciertos efectos, estudiados separadamente, se encuentran modificados por otros efectos cuya consideración hemos descuidado.

Las que, en las ciencias experimentales, se llaman leyes no son, precisamente, consecuencias necesarias; la ciencia experimental ignora lo absoluto; se trata, solamente, de simples nociones de uniformidad que, constatadas en el pasado, nos permiten prever, con una probabilidad más o menos grande, el porvenir.

El progreso de las ciencias se efectúa por medio del agregado de nuevos conocimientos de uniformidad a los conocimientos que habían sido ya adquiridos, y, en este sentido, se perpetúan indefinidamente. Este progreso se acompaña con un trabajo de eliminación de las nociones que se encuentran fuera de la realidad que son substituídas poco a poco, por nociones más vigorosamente experimentales.

Compenetrado por estos principios, procedí a una revisión severa de mis trabajos. Observé, entonces, que, más de una vez, no sólo me había dejado llevar al empleo de expre-

siones faltas de precisión y que iban más allá de la experiencia — las cuales tenían curso en la ciencia y eran aceptadas sin discusión — y que, en ciertas ocasiones, cediendo involuntariamente al uso general, había permitido que el sentimiento tomase un lugar que no le corresponde en la ciencia experimental, sino que, además, había cometido el error de circunscribir, demasiado estrechamente, el estudio de ciertos sujetos a los límites de la economía política. Yo he puntualizado estas críticas en el prefacio de mi “Manual de economía política”, edición italiana.

Pero, no es suficiente reconocer los errores de una obra; es necesario corregirlos. Esto es lo más difícil y solo puede realizarse parcialmente.

Lo primero que debe hacerse es examinar las expresiones nebulosas que están fuera de la experiencia o que solamente van más allá de la misma, y sustituirlas con otras expresiones rigurosamente experimentales, así como, por ejemplo, en física se han reemplazado las nociones vagas y subjetivas del calor y del frío con la noción precisa y objetiva de los grados termométricos.

Desde los tiempos de Adam Smith, una tarea semejante está por cumplirse en economía política. Concepciones inestables, tal como la de valor, se han transformado en concepciones siempre más precisas. Jevons ha llegado hasta proponer la exclusión de la ciencia del término “valor”, que se ha hecho incomprensible, pero que probablemente, por esto, es simpático a los metafísicos. Numerosos pensadores continúan, actualmente, la obra de sus precursores y preparan nuevas transformaciones, pagando, en tal forma, a las futuras generaciones, la deuda, por ellos contraída, con las generaciones pasadas.

Diversas teorías que no tienen en vista el reinado exclusivo del método experimental o que también, parecen serle contrarias, han contribuido, sin embargo, en último análisis, a acercar las ciencias sociales a la realidad.

La llamada escuela histórica, negándose a buscar las leyes o la uniformidad de los fenómenos, suprime, en verdad, más que resuelve, los problemas que se presentan en las ciencias sociales; pero, a pesar de este gravísimo defecto, ella no ha carecido de utilidad en la obra de sustituir los principios “a priori” por la experiencia. La parte sociológica de la obra de Marx ha obrado, también, en este sentido. El materialismo

económico y el materialismo histórico han sido tentativas audaces para dar la explicación experimental de los fenómenos sociales. Estas doctrinas solo nos han dejado entrever la verdad, porque han sustituido las relaciones de causa a efecto, a las relaciones de mutua dependencia que existen efectivamente, y peor aún, porque han reducido a una sola estas pretendidas causas. Pero no por esto han tenido menos influencia para ayudarnos a conocer mejor la realidad, y a sacarnos del rodaje de los razonamientos metafísicos.

En este mismo sentido han obrado numerosísimos trabajos que, solamente, el temor de abusar de vuestro tiempo me impide citar. Permitidme, sin embargo, recordar, al acaso, simplemente como ejemplos, a los siguientes: en economía, la escuela italiana de Francisco Ferrara, continuada por Tullio Martello, los estudios de Guido Sensini, sobre la "renta" — estudios que son un modelo de aplicación del método experimental — la obra sobre la "finanza", de José Prato y de Luis Einaudi, las búsquedas de Manuel Sella sobre la "concur-rencia", la de Roscher, de Böhm Bawerk, de Gide, de Clemente Juglar, de Claudio Janet, de Molinari, de Ives Guyot; en sociología y en economía, la obra tan poderosamente científica de Jorge Sorel; en sociología, muchas monografías, por ejemplo, la de Ostrogorski y de Roberto Michels sobre los partidos políticos, los estudios de la escuela de Lombroso y de Enrique Ferri y un gran número de investigaciones tan importantes como variadas; en sociología histórica, obras capitales como las de Fustel de Coulanges, de Summer Maine y las investigaciones de la escuela histórica alemana. En fin, los trabajos del gran filósofo italiano Benedicto Croce, despojando el terreno de las ideologías positivas y humanitarias, han sido un elemento esencial del progreso científico en Italia.

Tal es el camino recorrido por una pléyade de pensadores, a la cual yo me he incorporado. Aguijoneado por el deseo de aportar un complemento indispensable a los estudios de economía política y, sobre todo, inspirándome en el ejemplo de las ciencias naturales, he sido inducido a componer mi "Tratado de sociología", cuyo único fin — digo único e insisto sobre esto — es investigar la realidad experimental por los métodos que han sido probados en física, química, astronomía, biología y en otras ciencias similares.

Ninguno sabe mejor que yo, cuán imperfecto es, pero, aunque deba ser olvidado muy pronto, espero que habrá tenido alguna utilidad, como la piedrecilla que forma parte de un

gran edificio: el de la ciencia experimental. Lo que auguro, vivamente, es que nuestra universidad aporte un concurso siempre más vasto a la construcción de este edificio y que, en un porvenir más o menos lejano, alguien más autorizado que yo, pueda evocar, partiendo de la época de Walras, todo lo que las ciencias sociales deberán entonces a la Universidad de Lausanne y al apoyo iluminado y generoso que le han prestado el pueblo y el gobierno del estado de Vaud.

VILFREDO PARETO.

*(Traducción de E. S. A.)*